

Serenísima palabra

Actas del X Congreso de la Asociación Internacional Siglo de Oro
(Venecia, 14-18 de julio de 2014)

La *Espada sagrada* de Alonso Remón Método para enseñar a los nuevos predicadores

Rafael Massanet Rodríguez
(Universitat de les Illes Balears, Espanya)

Abstract The study of sacred preaching often focuses on the study of the sermon as the tool of ideological and cultural diffusion of both the author and the period in which they are circumscribed. However, the study of the different materials arising from the hands of well-placed preachers is equal or more interesting to understand the mechanisms that go from the study of the sacred texts to the pulpit. Thanks to this, not only will we be able to know this process, but also the thinking behind each final production, as well as the motivations, not only of each preacher but also of the religious order to which they belong. This is the case of Alonso Remón, playwright and preacher who, despite being more unknown today, in his time enjoyed great recognition, as witnessed by contemporaries such as Lope de Vega or Cervantes. The main characteristic of Remón's religious discourse is, first of all, the study of the sacred texts to know the matter with which the preacher must work and, second, to avoid the excessive ornamentation, both rhetorical and gestural, that characterized the preaching Of the Baroque. Remón intends, with that *Espada sagrada*, to battle against the excesses and to give the necessary weapons to those who seek to spread the word of the Lord.

Keywords Espada sagrada. Alonso Remón. Preaching. Sermon. Preacher.

Pocos han sido los estudios dedicados al papel que Alonso Remón desempeñó como predicador y en torno a la obra que desarrolló a lo largo de su vida. Tal vez, el aspecto en que la crítica ha centrado más su atención ha sido su papel de dramaturgo, que desarrolló ampliamente en la primera mitad de su vida. Grandes autores de la época reconocieron su talento en las tablas, como Lope de Vega o Cervantes, el cual lo señala como uno de los padres del nuevo teatro, siguiendo los pasos del Fénix de los ingenios.

No obstante, en esta ocasión vamos a centrarnos más en el papel que desempeñó en la predicación sagrada española. Desde 1610 ya tenemos noticias de sus sermones en Madrid, lugar en el que predicó durante más de veintisiete años. En 1612 es nombrado cronista de la Orden de la Merced, papel que desempeñará con gran ahínco y que le absorberá de tal modo que se dedicará a ello a tiempo completo a fin de tener acabada su *Historia de la Orden de la Merced* antes de la celebración del centenario en 1618. Pero antes y durante este proceso de escritura desempeñará su papel como predicador general de la Orden, con grandes alabanzas tanto por parte de sus compañeros mercedarios como de otros ingenios.

Biblioteca di *Rassegna iberistica* 5

DOI 10.14277/6969-163-8/RiB-5-66 | Submission 2015-10-07 | Acceptance 2016-12-14
ISBN [ebook] 978-88-6969-163-8 | ISBN [print] 978-88-6969-164-5 | © 2017

Francisco Benavides, en el proemio al lector de la *Historia de la Orden*, publicada póstumamente, llama al autor: «cronista y predicador grande de nuestra religión» (Remón 1633, f. IVv). Y añade:

Su muerte fue sin duda para darle galardón y premio debido a sus continuos desvelos y muy lúcidos trabajos, especialmente al empleo ordinario de su predicación evangélica, doctos santos y muy espirituales sermones que por tiempo y espacio de veintisiete años predicó en esta corte. (f. Vr)

Lope de Vega, en los preliminares de la obra del mercedario *Gobierno humano sacado de lo divino*, elogia a fray Alonso como predicador: «Tan conocido en toda Europa por la doctrina de sus escritos y rara elocuencia en sus oraciones sacras» (Remón 1624, f. IVr). Es curioso que Lope de Vega resalte su importancia y su popularidad en la época y que, sin embargo, a día de hoy tengamos tan pocas noticias de su labor.

Las aportaciones impresas más importantes acerca de la predicación que nos ha dejado han sido dos: *De la Concepción purísima de Nuestra Señora*, libro publicado en 1616 que recoge ocho sermones dedicados a la virgen María, y *Espada Sagrada*. Esta última supone una aportación fundamental para comprender tanto la visión de Remón sobre la predicación como los métodos que él emplea y recomienda a los que pretenden acercarse a esta disciplina.

Espada Sagrada se conforma como un manual para nuevos predicadores que acerca la concepción del sermón no tanto al aspecto retórico, sino al conocimiento de los textos sagrados, herramientas indispensables en las que se debe apoyar quien pretenda iniciarse. Defiende Remón a lo largo de los ochenta folios de su libro que el predicador debe abstenerse de dar discursos emotivos, que hagan maravillar al público que lo escucha, sino que debe centrarse en la explicación de la palabra divina, pues ese es su objetivo. Hacer que la gente de a pie pueda llegar hasta ella y, de este modo, no caer en herejías. Critica duramente el discurso grandilocuente que muchos predicadores hacían en el púlpito, causando gran maravilla ante el pueblo, pero que se trataba de algo vacío, carente de un contenido aleccionador e instructivo.

No cansándole con su parecer, ni hartándole los sucios charcos, ni bastardos arroyuelos de las florecillas de las letras humanas que, aunque se les dé lugar, ha de ser el último, muy por añadidura, adorno. (Remón 1623, f. 26r)

Esto se debía sobre todo a la relación tan propia que se daba en ese siglo entre predicación y teatro y la influencia que ejercían uno sobre otro, haciendo, como señalaba Zabaleta en *El día de fiesta por la tarde*, que:

«El templo se volviera teatro» (Cuevas, García 1983, p. 317). Y debido a esta relación teatro-predicación tampoco era extraño que si el sermón apareciera como un espectáculo en el que se iba casi en ocasiones más a maravillarse que a escuchar la palabra divina, el teatro acogiera aspectos del sermón, haciendo comedias graves, sentenciosas y de buen ejemplo, algo que tampoco era del gusto de todo el pueblo, pues era en las tablas donde buscaba la diversión.

El modelo de predicación que Remón defiende es aquel en el que el predicador se erige como conocedor de la Biblia y que la transmite, contando tan solo con los recursos mínimos para mantener la atención de su público, como era la imposición y el tono de la voz. De esta manera pretende encaminar a estos nuevos predicadores hacia el instrumento que les permitirá desarrollar su trabajo, la palabra, la cual les permitirá defenderse, al tiempo que atacar, desde el púlpito, dejando los recursos efectistas tan pródigos en el Barroco para el teatro o para predicadores de pocos estudios, los cuales deben evitar.

Centrémonos ahora en la obra de la que vamos a hablar, cuyo título completo reza: *Espada sagrada y arte que enseña a los predicadores como han de usar los libros de la escritura santa*. Fue publicado en Madrid en 1624 en la imprenta de Juan González. Los motivos que le mueven a la redacción de esta obra son principalmente dos: por un lado, acallar a los predicadores que, llevados por el camino fácil, predicán desde el púlpito como si fuera escenario, con un mensaje muy adornado pero carente de contenido:

[El predicador debe hablar] con aquella castidad y circunspección que los santos hablaron, sin lenguajes arrogantes ni huecos, porque desdice mucho de la autoridad e imperio que pide el púlpito. (Remón 1623, f. 25r)

El otro motivo es la búsqueda de un proceso para que los nuevos predicadores conozcan y utilicen en sus sermones la escritura sagrada. Desde una posición de predicador consagrado y con más de catorce años de experiencia, Remón no escribe su obra pensando «en la diversidad de maestros padres de la cátedra y de padres maestros del púlpito» (f. IVr). Su intención no es dirigirse a los que ya saben, pues poco puede enseñarles, sino a aquellos que dan sus primeros pasos: «Escribo para los que siendo actualmente oyentes en el aula, quieren pasar sin mayor prevención a ser enseñantes en la Iglesia» (f. IVr).

Y como es consciente de que quien empieza poco o nada tiene, ya sea en el ámbito pecuniario o intelectual, toda su obra se basa en libros generales y conocidos para cuanto predicador precise de referencias, libros los cuales solían o debían o deberían tenerse, dependiendo de a quién se preguntara en toda biblioteca de claustro o iglesia. Dice Remón:

Di principio a este tratado diciendo que escribía para principiantes y le pongo fin añadiendo que escribo para principiantes pobres. Y así no será fuera de propósito el hacerles como una breve resumpta y memoria de los libros que a menos costa podrán hacerse y les aprovecharan más [...] porque no todos pueden tener librerías grandes ni todos los santos y doctores. (f. 34r)

Antes de proceder al contenido propio del manual, debemos prestar atención al título del mismo: *Espada sagrada*. Y lo subtitula: *Arte para nuevos predicadores*. En un prólogo dedicado al lector el autor da los motivos por los que tituló de tal manera la obra:

Llamé espada a este método tan conciso en arte tan superior acordándome de aquel cuchillo de fuego que puso Dios en la mano del Querubín, guarda del terrestre paraíso, capaz de volverse a dos partes, a que se puede parecer la elección del predicador, en el lugar de la escritura y el volver a mirar la doctrina que ha de aplicarlo. (f. IVr)

Su tratado, pues, pretende ser el arma con la que formar a los nuevos predicadores en la defensa de la fe católica. Se inscribe el discurso del mercedario en el tópico del *miles christi* de san Pablo. El modelo de predicación que propugna equipara la oratoria sagrada con la actividad bélica en la que la palabra como arma se subordina a la defensa del alma cristiana y al servicio de la fe. Nos viene también a la mente un versículo del evangelio de san Mateo: «No he venido a traer la paz, sino la espada» (Mt 10,34). De igual manera Remón trae a los nuevos predicadores la espada con la que hacer frente a quien quiera que ataque la fe, un arma con la que, con esfuerzo al usarla y dominarla, se llegará a la dicha paz.

Para comprender el mensaje de Remón es importante detenernos en la concepción de la espada durante el Siglo de Oro. Según el *Diccionario de Autoridades*, una espada es un «arma bien conocida y de que comúnmente usan los hombres para defensa y ornato» ([1726-1739] 1990, p. 587). Es por tanto la espada entendida como mecanismo de defensa y no de ataque, acepción que hoy día se ha perdido.

Pero no es la primera vez que Remón muestra la relación entre la espada y la predicación. Ya en su obra *De la concepción purísima de Nuestra Señora. Ocho sermones predicables*, publicado en 1616, en el prólogo al lector dice:

Una excelencia hallo yo en el juego de las armas, digna de ser ponderada, que la espada negra, siendo arma que enseñar a pelear, enseña justamente a ser bien criados los que pelean. Que aunque es instrumento que dice orden a guerra, es permitido en la paz porque previene la defensa sin ofender. (Remón 1616, f. VIIr)

La espada negra, según recoge el *Autoridades*, «se llama a la que es de hierro sin lustre ni corte y con un botón en la punta que sirve para el juego de la esgrima» ([1726-1739] 1990, p. 587). Este tipo es la que se contraponen a la blanca y es la que se usa comúnmente para ejercitarse. Por tanto, una espada que no hiere, pero que ayuda a mejorar la destreza para cuando llegue el momento. Con estas comparaciones Remón pretende que los nuevos predicadores tengan conocimiento de la que será su espada, la Biblia, y que adquieran la destreza necesaria para cuando tengan que salir a defenderla, pues como añade en dicho prólogo:

Se puede pelear entre hermanos con instrumentos de guerra en tiempo de paz y quedando en paz, sacando aprovechamiento y señalando y descalabrando que es la excelencia del juego de las armas. (f. VIIr)

De esta manera su libro insta a los nuevos predicadores a convertirse en esos guardianes de la doctrina. Al mismo tiempo Remón juega con el concepto de espada, que ya aparece en las propias escrituras, tal como señalamos en *Mt* 10,34. La explicación de este versículo ha sido diversa a lo largo de la historia, pero la postura de la Iglesia parece decantarse por lo siguiente: Jesús otorgó las armas para defender lo propio a través de la palabra. Así hace lo mismo Remón con su tratado, entregando a los predicadores el arma que necesitan para poder defender la religión católica. Su espada será la Biblia y mediante el conocimiento que adquieran de ella se encargarán de difundir la palabra.

La obra de Remón se estructura en torno a doce capítulos que el mercedario ha dado en llamar ‘principios’, pues, si están dirigidos a los nuevos predicadores, ¿qué mejor forma de marcarles el camino de su andadura hacia el púlpito, que sentando sus bases?

Lo que tienen en común todos los capítulos del libro es la importancia de conocer en profundidad los diferentes libros de la Biblia, pues, como ya hemos mencionado, será el arma y la base con la que el nuevo predicador deberá defenderse en el púlpito. De esta manera se aleja de otros tratados de predicación dejando a un lado aspectos tales como la concepción del sermón y sus partes o el ornato retórico, aspecto que critica duramente al considerarlo un estorbo para la difusión y comprensión del mensaje que se intenta transmitir, pues en referencia a esto señala:

Pudo haber sido nacer este daño de que algunos libros que andan en nuestro vulgar lisonjeasen a la ignorancia con ponerle máscara de sabiduría o hiciesen ocioso a los que sin ellos fueran más estudiosos. (Remón 1623, f. IIIr)

Remarca la importancia del estudio para el predicador y la necesidad de demostrar estos conocimientos en el púlpito, apoyándose en las

autoridades de la Iglesia pero con un discurso sencillo y llano, capaz de llegar a todos los hombres.

En el principio primero, Remón presenta el libro principal que el predicador deberá conocer y estudiar, la Biblia. Hace una breve explicación del origen del nombre por el que se conoce y advierte de que «estos libros son de tanta autoridad y dignidad que apenas es capaz el entendimiento humano de ponderarla como pide» (f. 1v), señalando a continuación diferentes modos en que ha sido entendidas ciertas partes y que han provocado debates, como los concilios santos o las prevenciones de san Gerónimo y san Agustín. Pone mucho énfasis el mercedario en señalar a la Biblia como un libro de autoridad y se lastima de que «a los libros de los reyes de la tierra se llegue con tanta reverencia y temor y a los del rey del cielo no se mire y sepa con el que se ha de llegar» (f. 1v).

En los principios segundo y tercero, Remón establece una división de los libros de la Biblia y señala así al nuevo predicador cuáles son los importantes que debe conocer y estudiar. En total hace una división de sesenta y seis libros, cuarenta y cinco pertenecientes al viejo testamento y veintiuno al nuevo. Además, al final de esta división añade tres más: la oración de Manases y el tercer y cuarto libro de Esdras, pero señala que se admiten en el último lugar y no dándoles más autoridad de la que le ha dado la Iglesia y los santos concilios. A continuación, vuelve a establecer una división de los libros de la Biblia según los doctores teólogos, conforme a la doctrina de los santos. Así establece una división en legales, historiales, sapienciales, profetales tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, quedando ambos libros divididos en cuatro partes. Esta división es importante para el objetivo del libro, pues «va dirigido a enseñar al predicador nuevo y principiante como ha de usar cada libro en cada materia» (f. 6v) y vuelve a señalar una nueva división, ahora en seis partes, que afecta a todo el conjunto de la Biblia.

Para la materia política señala los cinco libros del *Pentateuco*. Para la materia crónica, los historiales. Para la materia poética o himnica, los *Salmos* y *Cantares*. Para la materia dialéctica, los de *Job* y el *Eclesiastés*. Para la materia ética y moral, los *Proverbios*, *Sabiduría* y *Eclesiástico*. Y para la materia oratoria o declamatoria, los libros de los *Profetas*.

La razón de esta nueva división es facilitar al nuevo predicador la localización de las diversas materias «en los sagrados libros de la Biblia con mayor propiedad y gala» (f. 7r). Además, siguiendo las ideas que expuso Arias Montano en su tratado de Aritmética, advierte al nuevo predicador que «si se desentraña con cuidado todo lo misterioso y admirable que encierra la Escritura, dello se puede sacar todo lo imaginable para cuantas ciencias y artes hay» (f. 7r). De esta manera, nuevamente se refuerza la idea de Remón de la necesidad de conocer en profundidad la Biblia, pues un conocimiento exhaustivo de ella permitirá al predicador poseer todo el material que necesita en un solo lugar.

En el principio cuarto se establece nuevamente otra división, en esta ocasión de los libros del nuevo testamento. La razón por la que dedica un capítulo concreto al *Nuevo Testamento* es debido a los cuatro evangelios y las diferencias que se encuentran entre ellos. El texto de los cuatro evangelistas es «adonde ha de zanzar y apoyar el predicador su doctrina y la verdad de ella» (f. 7r); por eso, es necesario, a fin de evitar confusiones o conflictos, que conozca las diferencias existentes, la materia que trata cada uno de ellos y, más importante, los aspectos en los que nunca discrepan y que forman parte del dogma de fe cristiano. Remón señala al nuevo predicador que «el fin y blanco y de los evangelistas» (f. 7v) es que Jesús fue hombre nacido de María virgen. Cada uno de ellos describe un aspecto de la vida de Jesús, pero los cuatro ayudan a entender la misma figura.

El segundo punto que debe conocer el predicador es que, pese a que los evangelistas discrepan en algunas palabras o milagros, estas son cosas menudas y no de sustancia, y remarca que, en lo sustancial a la verdad y a los fundamentos de la fe, no discrepan ni disuenan. Esto, según explica, fue hecho por el Espíritu Santo, para confundir a los cortos de juicio. Las escrituras no han sido concebidas por mano humana, sino con luz y con revelación superior y divina, motivo por el que se debe estudiar y profundizar a fin de desvelar las sombras que la cubren y alcanzar el verdadero mensaje.

Y después de tantas divisiones entre los libros de la Biblia, Remón incluye en el principio quinto una correspondencia entre las divisiones que ha establecido entre el Antiguo y el Nuevo Testamento. Habla sobre la relación entre los libros de los dos grandes bloques y como se corresponden unos libros con otros, pues «es una de las partes substanciales y requisitas para el ministerio del predicador entender esta trabazón que tienen entre sí las figuras y las cosas figuradas, así en razón de las materias como en razón de los sucesos» (f. 12r). Esta correspondencia la argumenta diciendo que estos libros «se imitan en el modo de las materias que contiene y en los tropos y figuras que abrazan» (f. 12r).

El principio sexto se centra en la necesidad de desentrañar los misterios de la Biblia. Remón argumenta que la Biblia es un texto oscuro y plagado de misterios y secretos que deben ser desvelados mediante el duro estudio y la comprensión de todas las palabras. Aleja así la visión de una lectura sencilla y superficial para marcar la tarea del predicador como el indicado para desentrañar el misterio primero, capaz de hacerlo sencillo para que el pueblo llano lo comprenda. Si a este texto oscuro ya de por sí se le añadiese un discurso complicado, podría caerse en dos errores: por un lado, dejar de lado el mensaje que pretende exponer la Biblia y centrarse en el ornato. Por otro, no ser capaces de hacer llegar dicho mensaje a su destinatario, que es la función primera del predicador. Es por tanto necesario conocer la Biblia para no «seguir los daños que vemos en los ignorantes ni los castigos en los desvanecidos y soberbios» (f. 15r).

Los motivos por el que la Biblia es un texto oscuro, según explica, son dos. Dios hizo que fuera profunda y oscura, precisamente, para ser estudiada y para meditar las palabras en las que fue escrita. Cada palabra o sentencia puede admitir muchas diferencias de sentidos e incluso la palabra ordinaria encierra en ella más que la cosa significada. Es por tanto tarea del predicador entender cada una de estas palabras en su conjunto y por separado, a fin de reconstruir y dar a luz el mensaje bíblico para los que lo escuchan bajo el púlpito. El que enseña o escribe, y en particular el que predica, debe saber las diferencias de sentidos que admite la Iglesia en la santa escritura, los concilios y los santos doctores.

En el principio séptimo, en relación a los sentidos que el predicador debe desentrañar en la lectura de la Biblia, hace una explicación resumida de los diferentes sentidos que se pueden encontrar. Para santo Tomás hay tan solo dos, el literal y el espiritual, mientras que para Gregorio Edero hay cinco: el literal, que considera histórico y también metafórico, y el místico, que considera el espiritual, dentro del cual diferencia tres sentidos: alegórico, anagógico y tropológico (moral). Sin embargo, el mercedario no entra en una explicación profunda de cada uno de ellos y se limita a mencionarlos, pues al tratarse una obra para predicadores que pretenden iniciarse «habré cumplido con advertirle al principiante en el púlpito las diferencias que hay de sentidos literales y espirituales para que hable con propiedad en cada materia» (f. 17r).

Es en el principio octavo donde el mercedario expone la aplicación práctica de todo lo mostrado en el punto anterior. El nuevo predicador, «enseñado con la brevedad y concesión que prometimos» (f. 22r), debe demostrar sus conocimientos y sacar adelante la doctrina apoyándose en las figuras de la autoridad cristiana y «sin escandalizar a los ignorantes» (f. 22v). Importante es esta última precisión de Remón, pues da a entender que el predicador dispone de un conocimiento superior al del resto de los hombres y que debe administrarlo de tal modo que llegue a ellos sin causar conmoción con lo que ya conocen.

En los principios noveno, décimo y undécimo hace Remón toda una diferenciación entre los tipos de sermones y cómo el predicador debe conocerlos y aplicarlos pues «no predica para uno solo ni ha de contentarse con saber un solo modo de predicar, pues se pone en el púlpito para todo tipo de oyentes» (f. 26r). Su explicación sobre cómo ha de escribirse un sermón no es tampoco un paso a paso ni muestra una receta milagrosa. Lo que expone al respecto es que el predicador:

Lo primero [...] sea retirarse a su recogimiento [...]. Váyase al misal y vea la letra del evangelio de aquel día que particular misterio tiene [...]. Hágase dueño de lo contextual y literal, por algún autor que exponga e intérprete con claridad la letra de los evangelistas y luego podrá mirar qué oración o periodo del evangelio hace más con el propósito [...] o

fin para que se predica. Tras desta hipótesis o suposición entrará bien el levantar con el pensamiento lo que juzgare por más a propósito de aquel sermón y evangelio. (f. 23v)

En resumen, el nuevo predicador debe estudiar, comprender y trabajar su sermón, pues no de otra manera logrará su propósito. Eso sí, señala claramente que cualquier cosa que se escribiera debe estar subordinada a la Iglesia católica y la impone como la única regla inamovible de su tratado.

Finalmente el capítulo o principio duodécimo es una breve bibliografía mencionada a lo largo de su libro, agrupando cada referencia al campo que mejor uso se le pueda dar, a fin de facilitar la búsqueda y el trabajo a quien empieza.

Centrándonos brevemente en el estilo que el mercedario usa en esta obra, cabe mencionar que va acorde al objetivo prioritario de su libro. Presenta una escritura llana y clara, como pretende Remón que sean los sermones que los nuevos predicadores escriban. No va dirigido a los doctos, como se encarga de señalar en varias ocasiones, pero sí a un público especializado del que se espera que tenga unos conocimientos mínimos en autoridades latinas y cristianas para darle un buen uso. El interés de Remón es recuperar un discurso de contenido, lleno de conocimiento, y abandonar el adorno que no aporta nada, un estilo de sermón que comenzaba a aparecer ya en este siglo XVII y que presentaría su mayor desarrollo durante el final de siglo y todo el siglo XVIII.

Concluyendo lo expuesto hasta el momento, solo nos queda destacar el empeño del mercedario por enseñar a quien empieza y por enseñar bien, siendo el conocimiento la principal herramienta que se debe blandir en el púlpito. Para Remón el sermón debe volver a su función original, la de adoctrinar al pueblo en la palabra de Dios partiendo del conocimiento de la lectura de las escrituras sagradas y de los padres y doctores de la Iglesia y dejar de lado el sermón como diversión, lleno de tramoyas y efectos espectaculares, tan vinculado al teatro y tan del gusto de la población. Para Remón no es la imagen la esencia del sermón, la palabra no debe entrar por los ojos sino por los oídos y permanecer en la mente de la gente. Para ello no hay métodos milagrosos, tan solo el estudio y el trabajo duro hará que el nuevo predicador llegue al púlpito y demuestre que puede blandir la espada de la fe en defensa de su Iglesia.

Bibliografía

- Diccionario de Autoridades* [1726-1739] (1990). Madrid: Imprenta de Francisco del Hierro. Edición facsímil. 3 vols. Madrid: Gredos.
- Remón, Alonso (1616). *De la Concepción purísima de Nuestra Señora. Ocho discurso predicables*. Madrid: Luis Sánchez.
- Remón, Alonso (1623). *Entretenimientos y juegos honestos y recreaciones cristianas, para que en todo género de estados se recreen los sentidos, sin que se estrague el alma*. Madrid: Juan González.
- Remón, Alonso (1624). *Gobierno humano sacado del divino de sentencias y exemplos de la sagrada escritura*. Madrid: Luis Sánchez.
- Remón, Alonso (1633). *Historia general de la Orden de Nuestra Señora de la Merced, Redención de cautivos*. Madrid: Imprenta del Reino.
- Cuevas García, Crisóbal (ed.) (1983). *Zabaleta, Juan: El día de fiesta por la mañana y por la tarde*. Madrid: Castalia.